

“Pocos son los hombres que construyen ciudades, la gran mayoría las habita”.

Paúl Meyers

DON ISAAC J. BARRERA

Don Isaac J. Barrera es un “suscitador incansable de las letras ecuatorianas” dice de él el Diccionario de la Literatura Latinoamericana, y puntualiza: “No es posible tener una imagen completa de las letras ecuatorianas contemporáneas, si se prescinde de la figura de Don Isaac J. Barrera”.

Suscitador incansable de las letras, ya enseñándolas en Colegios y Universidades, ya promoviéndolas en revistas y publicaciones, ya realizando investigaciones pacientes y ordenadas --cuyo fruto es la Primera “Historia de la Literatura Ecuatoriana”-- , ya comentando día a día el acontecer literario nacional y extranjero.

En toda su obra usó el mismo castellano claro, correcto, preciso. Su estilo, que tiene la belleza de lo diáfano, refleja la llaneza de su carácter.

Maestro por vocación, Don Isaac Barrera hizo de su vida una continua tarea de guía y orientación. Equitativo y ecléctico en su labor como historiador. Lúcido y ecuanime en su trabajo de orientador de la opinión pública, como editorialista del diario “El Comercio”. Su pulcritud espiritual y su honestidad intelectual son el sello personal en su labor de periodismo, cátedra y administración pública. Caballeroso, digno, sin tacha, en su trabajo, en la función pública y en su vida familiar, en la que se destaca su venerable imagen patriarcal evocada por la ternura filial de sus hijas.

Otavaleño por nacimiento y por ancestro. Vástago de un tronco familiar respetable, estuvo unido a esta tierra por la sangre y la geografía. Podemos repetir lo que dijéramos en otra oportunidad sobre el

hecho de ser otavaleño. Todo otavaleño se siente unido a esta tierra por una fuerza telúrica que le da raíces. Don Isaac Barrera creció bajo la presencia tutelar del Imbabura, erguido y majestuoso; corrió por chaquiñanes y lomas al calor del sol que dora generoso todos los maizales; recibió en la piel la caricia del viento en el verano; bebió el agua que brota espontánea entre las breñas y se da, cantando, en manantiales límpido; en contacto con la naturaleza circundante, aprendió del sol, el viento, el agua y la montaña, lo que son la elevación, la fecundidad, la entrega generosa, la armonía vital; en el seno de su familia y en el contacto diario con la gente descubrió lo que valen la tradición, la fraternidad, la amistad, la cordialidad; y en la historia de nuestro pueblo econtró cuánto dignifican la honradez, el trabajo comunitario, la responsabilidad individual.

Todos estos valores atesoraba el espíritu del joven Isaac Barrera cuando en pos de saber viajó a Quito para estudiar en el Colegio San Gabriel. Sus dotes naturales se enriquecieron, su clara inteligencia se cultivó y fue plasmándose su rica personalidad en contacto con los libros y con otros hombres de reconocida valía, con quienes compartió las horas de su quehacer creador. Su nombre y su prestigio fueron creciendo y pronto rebasaron las dimensiones de lo local, para convertirse en una figura de dimensión nacional.

A este otavaleño, cuya vida y obra lo colocan entre los constructores de la Patria, rendimos nuestro tributo de admiración en los cien años de su nacimiento.

Nieves Rodríguez de Bueker